

ENIGMA ECOLÓGICO

Hoy el profesor nos ha propuesto un extraño ejercicio que insistía en calificar de reto a nuestra inteligencia puesto que su resolución requería enorme capacidad intelectual. La clase entera decidió aceptar el desafío al sentirse herida en su amor propio, en su orgullo... No cabe duda que el "profe" sabe manejarnos, despertando la innata curiosidad del alumno y explotando la vanidad del estudiante para hacernos trabajar a su antojo.

Se trataba de extraer una conclusión a partir de tres fuentes distintas, a modo de premisas de un teorema. Para ello, empezó entregándonos una copia del texto perteneciente al libro "Reino milenario" de August Strindberg. Leo en voz baja muy concentrado en aquellas líneas: "Multitudes de peregrinos acudieron a Tierra Santa, dispuestos a morir allí como si ello representara una garantía de salvación. Otros fueron a Roma. Todos los lugares de culto tuvieron gran afluencia. Grandes señores y poderosos comerciantes regalaron sus fortunas a los pobres, otros donaron sus bienes al clero, muchos fieles hicieron penitencia en un patético intento de congraciarse con los poderes juzgadores. Y así llegó el último día del año 999. Las iglesias estaban abarrotadas, hombres y mujeres pedían a gritos ser confesados y recibir la comunión. Algunos se vistieron con sus mejores galas para esperar al Señor en el sosiego de sus hogares. Nadie temía robos ni engaños, puertas y ventanas permanecían abiertas. Los comerciantes regalaban sus mercancías, los taberneros ofrecían gratis sus mejores vinos. Por fin llegó la noche de San Silvestre. Todos esperaban algún signo prodigioso: el desplome del cielo, un inmenso terremoto, una repentina epidemia de peste negra, quizás una luz omnipotente rasgando las tinieblas... La angustia de la gente había crecido con el paso de las horas. Ahora señor y lacayo se abrazaban llorando, enemigos antaño irreconciliables se daban la mano fraternalmente. Allá, en la vieja basílica de San Pedro, el Papa Silvestre II celebraba la misa del gallo en el altar mayor. En el silencio de la noche, podía oírse la respiración de la atemorizada muchedumbre. La misa terminó y la gente siguió de rodillas con la cabeza inclinada, esperando el holocausto final. La campana dio la señal de la medianoche... y tras un momento de estupor, al ver que no ocurría nada, todas las campanas empezaron a tocar a fiesta mientras el órgano difundía las notas del "*Te Deum, laudamus*" y los fieles se abrazaban con lágrimas de alegría."

Esboqué una sonrisa por aquel curioso texto que reflejaba el miedo, la ignorancia y la

superstición de la Europa medieval, cuya población vivía con la psicosis del fin del mundo. Un paroxismo religioso provocado por la difusión de las numerosas profecías que anunciaban el advenimiento del Juicio Final. Desde luego la historia está llena de sucesos extraños e increíbles.

Transcurrido un cuarto de hora, el profesor reclamó nuestra atención y nos remitió a la introducción del tema dedicado a las enfermedades del libro de ciencias naturales, un pequeño párrafo con propósitos moralizantes.

"Érase una vez un hombre fuerte, lleno de vitalidad. Llevaba una vida sana y se creía a salvo de cualquier enfermedad. Pero un buen día, un virus penetró en su cuerpo por casualidad. Los virus son organismos muy pequeños, tan diminutos que ni siquiera el microscopio óptico los detecta. Su intención era acabar con la salud del hombre, aunque éste se burlara diciendo: ¿qué mal puede causarme un ser tan reducido? Nunca seré vencido por un microbio. Y no se preocupó más del asunto. Pero los virus son insidiosos, malévolos. Aquel agente patógeno empezó a recorrer el torrente sanguíneo de su anfitrión hasta encontrar un lugar propicio para reproducirse. Una vez instalado, el virus se multiplicó con enorme rapidez. Dos, cuatro, ocho, dieciséis... en la décima división eran ya mil los virus que infectaban aquel cuerpo humano, en la vigésima un millón y en la trigésima mil millones... El hombre seguía confiando en su fortaleza y cuando los mecanismos de defensa de su organismo dieron la alarma, era demasiado tarde. El virus original se había reproducido más de cien veces alcanzando una cifra cercana al quintillón de individuos. Aquella persona, robusta y saludable al principio, empezó a enfermar ante semejante proliferación de virus que penetraban en sus células y alteraban su metabolismo. Poco a poco, el desafortunado fue adelgazando, languideciendo y acabó muriendo entre terribles sufrimientos tras una prolongada agonía. Su muerte produjo también la muerte de la inmensa mayoría de los virus al faltarles el medio de subsistencia. Pero algunos, los más activos, emigraron en busca de otro cuerpo donde recomenzar el proceso."

Mi conclusión sobre el texto es que los virus son microbios de gran virulencia que provocan graves enfermedades contra las que pocos medicamentos son eficaces... Sin embargo, después de leer concienzudamente ambos escritos y sintetizar sus contenidos, no encuentro la conexión entre ambos ni capto la posible relación.

Finalmente, el profesor cita la última fuente de información donde hallaremos la tercer idea que completará y dará sentido a aquella especie de puzzle didáctico. Nos recomienda consultar en la enciclopedia la palabra población y analizar minuciosamente el apartado referente al crecimiento demográfico. Es una tarea fácil y para facilitar la chispa de inspiración que me ayude descubrir la

solución voy anotando los datos en mi cuaderno.

En el año 0, es decir al comienzo de la Era Cristiana la población de la Tierra era de unos 160 millones de habitantes, en el año mil se llegó a los 360 millones, en 1650 se alcanzaron los 500 millones, en 1850 los 1000 millones, en 1930 los 2000 millones, en 1960 los 3000 millones, en 1980 los 4000, en la actualidad somos ya unos 6200 millones de seres humanos. De continuar este ritmo de crecimiento demográfico la población irá creciendo en progresión geométrica en un período de tiempo cada vez más corto. Así en el año 2100 seríamos 50.000 millones, en el año 2200 el planeta albergaría 250.000 millones de personas y en el año 2600 cubriríamos el mundo con una densidad media de 3 habitantes por metro cuadrado. Cabe preguntarse ¿cómo alimentaríamos a nuestros semejantes? ¿dónde los pondríamos? Aceptando la teoría que la Tierra no es inagotable, que sus recursos naturales no son infinitos, sino que incluso hoy en día existen ya claros síntomas de escasez, cabe preguntarnos: ¿Cómo subsistirá la especie humana? ¿Cuál es el triste destino que aguarda a nuestros descendientes? Datos alarmantes que venían a confirmar mis temores sobre el dramático futuro de la humanidad. Y si a todo esto le añadimos, por ende, ya se ha roto el equilibrio ecológico del planeta debido a la contaminación, radioactividad, deforestación... no es ningún presagio aventurado anunciar ya el irremediable fin de la raza debido a la desenfadada explotación y consiguiente agotamiento de las reservas energéticas. Se impone una urgente y profunda reflexión a nivel mundial para impedir el holocausto. Aunque lo que verdaderamente me importaba a mí en ese momento era solventar el enigma planteado por el profesor. Medité con calma. Debía extraer un mensaje basándome en la idea esencial de cada fuente. Veamos, el primer texto relata el temor al fin del mundo, el segundo es posiblemente una alegoría del binomio virus-hombre dada la semejanza de actuación de ambos y la estadística de la enciclopedia demuestra de forma irrefutable que el fenómeno de la superpoblación será el germen de la extinción humana... ¡Eureka! ¡Lo encontré! Me parece que el problema se resuelve con una moraleja ecológica. Sí, creo que la solución es una advertencia demasiado clara para ser ignorada: "el hombre es el auténtico virus del planeta."

Levanté el brazo y expliqué la conclusión a la que había llegado. Dicho razonamiento me valió el primer sobresaliente del curso.